Capítulo V

La esencia del cristianismo en la mirada de Gaspar Hauser

Jesús González Requena

La aparición de Gaspar Hauser

No sé si saben ustedes quiénes fueron Gaspar Hauser y Anselm von Feuerbach. Y si lo saben, es posible que les parezca extraño que haya elegido el libro del segundo sobre el primero para abordar el tema para el que los organizadores de estas jornadas han tenido la amabilidad de invitarme a tomar la palabra.

En cualquier caso, antes de dar una explicación sobre ello, parece obligado suministrar la información básica sobre estos dos personajes que aparecen en el frontispicio de mi conferencia.

Gaspar Hauser es el nombre de un joven que aparece de pronto en medio de la calle, en 1828, en la ciudad de Nuremberg.

Pero demos la palabra a Anselm von Feuerbach, cuya admirable y contenida prosa narra así esta aparición en el comienzo mismo de su libro:

> En *Nuremberg*, el lunes de Pentecostés es un gran día de festejos, durante el cual la mayoría de los habitantes salen al campo y a los pueblos cercanos. La ciudad, muy extensa con relación a su población actual, queda entonces, sobre todo si hace un hermoso tiempo primaveral, tan tranquila y desierta que más recuerda alguna ciudad encantada del Sahara que una ciudad viva, comercial e industrial. En algunos barrios periféricos sobre todo, pueden ocurrir muchas cosas extrañas en plena calle, sin por ello dejar de ser secretas.

Así es como el lunes de Pentecostés [...] del año 1828, entre las cuatro y las cinco de la tarde, ocurrió lo siguiente:

Un ciudadano, que vivía en la plaza de Unschlitt [...], se hallaba todavía delante de su casa, disponiéndose a ir hacia la Puerta Nueva, cuando, al volverse, observó, a corta distancia, a un joven vestido como un campesino, y plantado ahí en una postura muy sorprendente, como si estuviera ebrio, intentaba avanzar sin conseguir mantenerse correctamente erguido ni dominar sus pies. Nuestro ciudadano se acercó al forastero, que le tendió una carta con estas señas: *«Al señor capitán de caballería del 4.º escuadrón, 6.º regimiento de caballería ligera. Nuremberg»*.

Como el capitán en cuestión vivía cerca de la Puerta Nueva, el ciudadano se llevó consigo al joven extranjero y le acompañó hasta el puesto de guardia, desde donde consiguió llegar hasta la vivienda muy cercana del señor von W., que mandaba en esa época el 4.º escuadrón del 6.º Regimiento.

Con la carta en la mano, y sin quitarse el sombrero, el joven se acercó al criado [...] que le había abierto la puerta y pronunció estas palabras: *«Quiero ser del sexto, como mi padre fue»*. El criado le preguntó: ¿qué quería?, ¿quién era?, ¿de dónde venía? El forastero pareció no comprender ninguna de estas preguntas, y no dejaba de repetir: *«Quiero ser del sexto, como mi padre»*, o también *«No lo sé»*. Como hizo constar el criado cuando prestó declaración como testigo, el muchacho estaba tan agotado que más que andar «se tambaleaba». Llorando, manifestando un violento sufrimiento, señalaba sus pies que vacilaban, y parecía también tener hambre y sed. [...] Parecía que oía sin comprender, miraba sin ver, movía sus pies sin saber emplearlos para avanzar. Sólo se expresaba con lágrimas, gemidos y sonidos confusos, entre los que volvía sin cesar, como una letanía: *«Jinete quiero, como mi padre fue»*. Poco tardaron en casa del capitán en considerarle un salvaje, y, mientras esperaban que volviera el amo, le llevaron a las cuadras, donde [...] se sumió en un sueño profundo[1].

Más tarde fue llevado a la comisaría de policía.

Allí se encontraban algunos empleados subalternos y policías. A todos causó una impresión tan honda este muchacho que no pudieron decidirse a incluirle en ninguno de los apartados policiales

[1] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* Madrid, Asociación Española de neuropsiquiatría, 1977 (1.ª ed: 1832), traducción, introducción y notas de Guillermina Sabadell Zarandona y Julián Mateo Ballorca, págs. 39-41.

habituales. El interrogatorio de costumbre —nombre y apellido, profesión, lugar de procedencia, motivo de la estancia, pasaporte— no podía dar resultado alguno. *«Jinete quiero, como mi padre fue»*, o *«No sé»* o *«Quién sabe»*, eran las únicas palabras que repetía en tono gemebundo y en cualquier circunstancia. No parecía saber, ni siquiera sospechar dónde se encontraba. No manifestaba temor, ni sorpresa, ni apuro, sino más bien el embotamiento casi animal del que no se da cuenta de las cosas que le rodean y que observa con mirada vacía e indiferente. Su llanto quejumbroso, los gemidos con los que mostraba sin cesar sus pies vacilantes, su apariencia torpe y a la vez infantil le granjearon enseguida la compasión de los presentes. [...] Su comportamiento era el de un niño de dos o tres años apenas, pero su cuerpo el de un adolescente.

La opinión de los policías estaba dividida: ¿tenían que vérselas con un cretino, un loco o un muchacho medio salvaje? [...] A alguien se le ocurrió averiguar si por casualidad sabría escribir; le dieron una pluma y tinta, pusieron ante él una hoja de papel y le pidieron por señas que escribiera. Eso pareció agradarle, cogió la pluma entre los dedos sin torpeza, y ante el asombro de los presentes escribió con letra firme y legible el nombre:

«Gaspar Hauser»[2].

Gaspar Hauser y Victor de Aveyron

Aunque se le alinea con ellos, Gaspar Hauser no es ni un niño salvaje ni un autista[3], sino un ser sometido a encierro sistemático entre los dos o tres años de su vida y esos dieciséis años en los que aparece inesperadamente en las calles de Núremberg.

---

[2] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* págs. 41-43.

[3] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 77: «En cuanto le enseñaban algo que excitaba su curiosidad, en cuanto empleaban una palabra que no conocía y le sorprendía, se desencadenaban esas *convulsiones para acabar en contracciones rígidas*. Entonces, se quedaba inmóvil, sin parpadear, mirando al frente con ojos sin vida. *Parecía una estatua que ni ve ni oye,* y completamente insensible a cualquier estimulo exterior. Caía en ese estado cada vez que reflexionaba, o cada vez que buscaba el significado de una palabra nueva, o la palabra que correspondía a un objeto nuevo», pág. 78: «Le decíamos algunas frases que parecía comprender; en eso, se presentaba una palabra desconocida, intentaba captar su sentido, y volvía a ser presa de las convulsiones. *Hablaba casi siempre de él mismo en tercera persona. No había que dirigirse a él diciendo «tu» sino «Gaspar» para que comprendiera que nos dirigíamos a él*».

Dibujo de Heinrich Adam. Imagen procedente de Anselm von Feuerbach: 1832: *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre:* Asociación Española de neuropsiquiatría, Madrid, 1977

El misterio de su origen no ha sido resuelto, pero todo parece indicar que pertenecía a la alta nobleza —hay quien ha llegado a afirmar incluso que podría tratarse de un hijo natural de Napoleón— y que por un motivo desconocido fue ocultado por la drástica vía del encierro, viéndose privado de todo contacto humano y, consiguientemente, del más mínimo proceso de socialización.

Pero lo realmente notable no es la índole concreta de ese misterio, sino el hecho mismo de que, a propósito de la presencia en una calle de Nuremberg de un joven aparentemente subnormal, se suscite esa pregunta por su origen que hace, de éste, un misterio. Lo realmente notable es, igualmente, que este libro llegue a escribirse y que en su obertura la presencia de ese muchacho en la calle de Núremberg adquiera la dimensión de una aparición.

Imagen procedente de Anselm von Feuerbach: 1832: *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre:* Asociación Española de neuropsiquiatría, Madrid, 1977

Pues seres dolientes, raptados, torturados, abortados desde su origen... de eso, sin duda, siempre había habido. De modo que la inesperada relevancia que el caso Hauser adquiere es manifestación de un nuevo estado de consciencia no sólo en Alemania, sino en el conjunto de Europa.

Anselm von Feuerbach:

> Contra toda previsión [...] el niño encontrado, desconocido, conquistó la simpatía de la población, y se convirtió en objeto de atención general; los periódicos se llenaron de noticias y de especulaciones relativas al misterioso joven; primero, hijo adoptivo de Nuremberg, como le había presentado el burgo-

> maestre de la ciudad en su comunicado oficial, pronto se convirtió en hijo de Europa[4].

Cuando describe así Feuerbach lo imprevisto del proceso, parece no reparar en lo que lo hace posible: me refiero a la existencia misma de los periódicos y, con ellos, de la opinión pública, como dos de los efectos del triunfo social de los ideales humanistas y democráticos de la Ilustración.

El interés público por Gaspar Hauser se inscribe en el debate recién abierto sobre los niños salvajes que hacía bien poco acababa de ser oficializado por el Estado francés, al asumir la subvención de la investigación de Jean Marc Gaspard Itard (1774-1838) sobre el niño salvaje de Aveyron.

En ambos casos, es la noción de ser humano la que está en juego en el debate.

Si las monografías de Itard sobre el niño salvaje de Aveyron son de 1801 y 1806, ambos hombres, Feuerbach (1775-1833) e Itard (1774-1838), son estrictamente coetáneos: el uno jurista, el otro médico, ambos son hijos de la Ilustración. Sin embargo, un abismo separa, en el fondo, sus monografías.

Gaspar choca con lo real sin mediación alguna

Ello tiene que ver, pero sólo en parte, con las dos diferencias esenciales que existen entre Gaspar Hauser y Victor de Aveyron. La primera estriba en el hecho de que, a diferencia de Victor, quien carecía de todo acceso al universo del lenguaje, Gaspar, en los tres años que precedieron a su largo encierro, había aprendido a hablar. La segunda: que mientras Victor era propiamente un niño salvaje que había sobrevivido por su propia cuenta en el mundo exterior, Gaspar permaneció 13 años encerrado en un oscuro sótano.

De ello depende el aspecto más insólito que Gaspar suscita y en el que más intensamente se detiene Feuerbach en su crónica. Porque ha estado encerrado durante tan largo tiempo en su oscura

---

[4] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 110.

mazmorra, cuando por fin sale de ella, Gaspar choca con lo real sin mediación alguna. Y porque ha aprendido el lenguaje antes de su encierro y pudo luego recuperarlo rápidamente, puede contarlo. Y lo hace.

> Ordené a Gaspar que mirara por la ventana; atraje su atención sobre la perspectiva del vasto y bello paisaje, en todo el esplendor de sus galas veraniegas, y le pregunté si lo que veía ahí no le parecía hermoso. Obedeció, pero en seguida se echo atrás con espanto, gritando: «¡Horroroso! ¡Horroroso!»[5].

Tres años más tarde, interrogará Feuerbach a Gaspar sobre aquella reacción, y éste la explicará en los siguientes términos:

> Lo que veía entonces era verdaderamente horrible. Cuando miraba por la ventana, era como si hubiera una contraventana ante mis ojos, y como si alguien la hubiera pintado tirando mezclados todos los colores de sus pinceles en la contraventana: blanco, azul, verde, amarillo, rojo. En todo eso, no conseguía distinguir ni reconocer ningún objeto, como lo hago ahora. Era una vista verdaderamente horrorosa, y estaba asustado porque creía que me habían encerrado detrás de la ventana con el postigo pintado para no dejarme mirar afuera. Sólo más tarde, durante mis paseos, he comprendido que lo que había visto eran campos, montañas, casas, y que algún objeto que me había parecido más grande que otro era en realidad bastante más pequeño, que lo que yo veía grande podía ser pequeño. Al final, ya no he visto la contraventana[6].

Así, de un solo golpe, Gaspar nos devuelve la verdad de ese lugar común de muchas mitologías que sitúa el caos en el punto de partida absoluto: la visión del mundo en ausencia de toda discriminación perceptiva —es decir: de toda medición simbólica—, es experimentada como una *visión amorfa, mancha informe y abigarrada*[7] —las expresiones son del propio Feuerbach— y sobre

---

[5] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre*, pág. 83.

[6] Ibíd., pág. 84.

[7] Cfr. A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre*, pág. 87.

todo —y esta vez es Gaspar quien habla— como algo *verdaderamente horrible.*

Observaran ustedes que nada de ese horror se atisba en el dibujo que nos ha llegado del salvaje de Aveyron. Y es que él, insistiré en ello, no había aprendido a hablar y sobrevivía de la manera más primitiva en el mundo exterior.

El horror que, en cambio, late en el fondo de la angustia que baña la mirada de Gaspar, es la del ser en el que el lenguaje ha horadado el espacio de la conciencia.

Y porque Feuerbach no sólo la acusa, sino que coloca esa experiencia de horror en el centro de todo, su libro sobre Hauser, ese que pretendiera constituir una paso más en el saber de la Ilustración, termina por convertirse en uno de los más vibrantes mojones que alumbran el Romanticismo.

El asesinato de Gaspar

La vida de Hauser fue breve, pues murió asesinado en 1833, cuando sólo contaba con 21 años. El asesinato nunca fue esclarecido pero, por ello mismo, parece confirmar la pertenencia de origen de Gaspar a la alta nobleza.

Y extraordinariamente breve fue su vida en condiciones de libertad: tan sólo los cinco años que se extienden entre 1828 y 1833[8], fecha de su asesinato.

Pero, de hecho, la vida en auténtica libertad de Hauser apenas dura poco más de un año[9], pues ya en 1829 fue objeto de un primer intento, fallido, de asesinato. De modo que los cuatro años siguientes hasta su muerte, Gaspar debió vivir con la consciencia de la proximidad de una muerte que le aguardaba inexorablemente.

---

[8] Entre el 18 de julio de 1828 —pues desde su aparición habían pasado dos meses en la cárcel de la ciudad (había quedado «encomendado a un guardia que le llevó a la torre de la puerta Vestner, destinada a los detenidos y a los vagabundos», nos informa Feuerbach— y el 14 de diciembre de 1833, fecha de su asesinato.

[9] Entre el 18 de julio de 1928 y el 17 de octubre de 1829.

Niño salvaje de L'Aveyron.

> Al contacto con el agua fría que hay siempre, me reanimé; vi un sitio seco en el suelo y me senté allí. Apenas instalado, oí que daban las doce, y entonces me dije: aquí estás completamente abandonado, no te encontrará nadie, vas a morir. Al pensar esto, se me llenaron los ojos de lágrimas; luego tuve ganas vomitar, y al final me desmayé. Cuando desperté, estaba en mi habitación, en mi cama, y la madre estaba a mi lado[10].

Un tiempo extraordinariamente breve que es también el único que el joven pasa en un entorno familiar, acogido por la familia de Daumer, un hombre ilustrado que, durante ese breve plazo, conseguiría obtener grandes avances en su desarrollo tanto en el plano cognitivo y como en el emocional.

Pero ese primer intento de asesinato acaba con todo ello: a partir de ahora, no sólo la proximidad de la muerte va a pesar como una losa sobre el joven Hauser, sino que se verá alejado para siempre del entorno humano que, durante ese breve lapso de tiempo, le habían ofrecido los Daumer.

---

[10] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 116.

La muerte que se escribe en el libro de Feuerbach

Como pueden ver ustedes, aunque el libro que les suscito no habla expresamente de la muerte como categoría filosófica, está totalmente impregnado de ella de manera, diría yo, indeleble.

Pero lo está todavía mucho más de lo que ustedes pueden deducir de lo que hasta ahora les he contado. Pues si la amenaza cierta de una muerte próxima cierra todo horizonte para Gaspar tras el primer atentado, simultáneamente la inminencia de una muerte aún más inmediata impregna silenciosamente la escritura del libro desde su mismo comienzo, aún cuando su lector sólo puede alcanzar un atisbo de ello cuando, en un apéndice, tiene ocasión de leer, en una nota anónima, el siguiente fragmento de una carta de su autor, Anselm von Feuerbach dirigida a su hijo (29 de marzo de 1832):

> Quien te haya dicho o escrito que sigo estando bien, poco debe preocuparse por mí, de lo contrario sabría que desde hace dos meses, no he salido de mi habitación, y apenas de mi cama, que me desmayo varias veces al día, y que en todo momento me amenaza un ataque de apoplejía.
>
> No es solo impresión mía, es también opinión de los médicos. Lo que resulta más penoso es la pérdida de memoria. Se me olvidan los nombres y las cosas más familiares; soy incapaz de realizar un trabajo científico, no puedo seguir un razonamiento ni un pensamiento abstracto. Mi Gaspar Hauser, que aquí te envió, se resiente mucho de ello. He tenido que renunciar a introducir en él cualquier tipo de reflexión y limitarme a referir los hechos. Y aun así, cuando escribí esas pocas páginas, mi empeoramiento acababa de empezar[11].

La muerte de Feuerbach tiene lugar a los 14 meses justos de esta carta —el 29 de mayo de 1833. Siete meses más tarde se produce la muerte de Gaspar —el 17 de diciembre 1833.

Les he hablado, al principio, de la admirable y contenida prosa de Anselm von Feuerbach. Pero sólo cuando uno lee esto alcanza a comprender que su austera belleza está en relación directa con su despojamiento.

---

[11] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 143.

Un delito contra el alma del hombre es un libro sorprendentemente breve, a la vez conciso y vibrante. Nada de lo que uno hubiera esperado de un jurista y filósofo del derecho alemán coetáneo de Hegel. Ahora comprendemos por qué, pues es su propio autor quien nos lo dice: «Lo que resulta más penoso es la pérdida de memoria. Se me olvidan los nombres y las cosas más familiares; soy incapaz de realizar un trabajo científico, no puedo seguir un razonamiento ni un pensamiento abstracto».

De modo que la proximidad de la muerte —la muerte misma— se escribe en nuestro libro en forma de una obligada renuncia a ese pensamiento especulativo y abstracto que tan extraordinario nivel de sofisticación llegó a alcanzar en la cultura alemana del periodo.

En tales condiciones, es lo opuesto absoluto a esa vocación de abstracción lo que emerge: así, la escritura feuerbachiana se ve obligada a ceñirse a lo inmediato, a lo absolutamente concreto, es decir, a lo singular de la andadura humana de ese ser infinitamente desvalido que es Gaspar Hauser.

Pues la proximidad concreta de esa muerte que se anticipa como disolución de la memoria aproxima a Feuerbach a la visión de ese fondo de horror que está en el núcleo de la angustia de Gaspar.

Recordémoslo:

> ¡Horroroso! ¡Horroroso![12].
>
> Lo que veía entonces era verdaderamente horrible [...], no conseguía distinguir ni reconocer ningún objeto, como lo hago ahora. Era una vista verdaderamente horrorosa, y estaba asustado porque creía que me habían encerrado detrás de la ventana con el postigo pintado para no dejarme mirar afuera[13].

Se dan ustedes cuenta: si a uno se le *olvidan los nombres y las cosas más familiares,* se ve abocado a no conseguir *distinguir ni reconocer ningún objeto.*

---

[12] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 83.

[13] Ibíd., pág. 84.

Tal es el mortal estremecimiento que constituye el punto de ignición de esta obra insólita. La consciencia humana aparece, en ella, sometida a la extrema precariedad determinada por la evidencia de sus confines. Antes y después de ella —y también, por tanto, alrededor de ella— un mundo hostil, caótico y opaco. Nada, en suma, que garantice esa racionalidad universal —o ese Espíritu Absoluto, si ustedes prefieren— que constituía la piedra angular de la Ilustración.

Y es así la inmediatez de la compasión lo que finalmente destila la despojada prosa feuerbachiana.

> «Gaspar está obsesionado por el sentimiento agobiante de su ignorancia, de su imposibilidad de arreglárselas solo, de su dependencia, de la convicción de que nunca podrá reparar la pérdida de su juventud»[14].
>
> «Esta infancia «dormida», tiene que vivirla ahora, y esta infancia vivida a contratiempo le marcará hasta su ultimo día [...] como [...] un fantasma angustioso»[15].

Compasión inmediata, vale decir también, radical y literal: saber de la pasión del otro. Tocar su angustia, la de Gaspar, desde su propia angustia, quiero decir, la del propio Anselm. Y por tanto: percibir la radical soledad de Gaspar desde su propia soledad.

Les hablé antes de romanticismo, pero quizás sería más apropiado hablarles de esa que constituye su variante filosófica más acerada: el existencialismo.

Después de todo, el año anterior a aquel en el que Feuerbach escribe esta carta, 1931, inicia su diario Søren Kierkegaard, otro ser que, sin duda por diferentes motivos, se siente igualmente incapaz de pensar al modo hegeliano y se ve abocado a chocar con la singularidad radical de la experiencia humana.

¿No son sus conceptos mayores —la *angustia* y, sobre todo, esa *enfermedad mortal* que es la *desesperación*— los más apropiados para nombrar lo que late en esa conciencia agónica que ha quedado cristalizada en el libro de Feuerbach?

---

[14] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 123.

[15] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 73.

Ludwig Feuerbach y *La Esencia del cristianismo*

Pues, ¿no se han dado ustedes cuenta?, también de ello habla, y de manera no menos estremecedora, la carta de Anselm:

> Quien te haya dicho o escrito que sigo estando bien, *poco debe preocuparse por mí,* de lo contrario sabría que desde hace dos meses, no he salido de mi habitación, y apenas de mi cama, que me desmayo varias veces al día, y que todo momento me amenaza un ataque de apoplejía[16].

Obviamente, carece de importancia quien pueda ser ese alguien que tan mal ha informado al hijo sobre el estado del padre. Pues lo que realmente ahí puede escucharse es el quejido de la soledad del padre, su lamento ante la despreocupación del hijo.

¿A cuál de sus hijos dirigió Anselm esta carta? Lamentablemente, la nota anónima que nos la da a conocer no lo especifica. Pudo ser a cualquiera de sus tres famosos hijos: Anselm el mayor, arqueólogo y filólogo, autor de un célebre estudio sobre *El Apolo del Vaticano*. O bien el segundo, Karl Wilhem, prestigioso matemático al que se debe un reconocido *teorema de Feuerbach*.

Pero lo más probable es que se tratara del pequeño, el más famoso de todos, Ludwig Feuerbach, el líder de la izquierda hegeliana y autor de *La esencia del cristianismo* que tanta influencia habría de tener en la obra de Karl Marx.

Es lo más probable pues es éste el único de los hijos nombrado en la nota que nos da noticia de la carta, si bien sólo más adelante, cuando nos informa que fue él quien, pasados 19 años de la muerte de su padre, logró publicar el libro sobre Gaspar Hauser —en 1852.

Y bien, si fue él, seguramente escuchó desde el primer momento el reproche que latía en esa carta, pero lo más probable es que no fuera capaz de escuchar el quejido y el lamento que constituía su verdad más honda hasta más tarde, pues tal es a la vez lo inevitable y lo propio en el intercambio simbólico entre padres e hijos.

---

[16] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 143. El subrayado es nuestro.

Ludwig Feuerbach, por August Weger

Pero, en cualquier caso, cuando finalmente llegó a escucharlo, ello no pudo por menos que obligarle a leer, quizás por primera vez, y si no fue así, al menos de otra manera, ese libro del padre que, a todas luces, constituía su testamento.

> No es sólo impresión mía, es también opinión de los médicos. Lo que resulta más penoso es la pérdida de memoria. Se me olvidan los nombres y las cosas más familiares; soy incapaz de

> realizar un trabajo científico, no puedo seguir un razonamiento ni un pensamiento abstracto. *Mi Gaspar Hauser, que aquí te envío,* se resiente mucho de ello. He tenido que renunciar a introducir en él cualquier tipo de reflexión y limitarme a referir los hechos. Y aún así, cuando escribí esas pocas páginas, mi empeoramiento acababa de empezar. No he tardado menos de tres meses en escribir este librito, sin contar el trabajo de preparación[17].

La pregunta obligada, entonces, es, ¿llegó Ludwig a saber de ese mortal estremecimiento que el testamento contenía? —Anselm von Feuerbach: *«Se me olvidan los nombres y las cosas más familiares»;* Gaspar Hauser: *«no conseguía distinguir ni reconocer ningún objeto»*[18].

Yo diría que sí, pero diría, también, que no del todo, y creo que ambas cosas pueden probarse en su *Esencia del cristianismo,* libro que publicó en 1941 y que, por tanto pensó y escribió, durante esa década que había comenzado con esa carta que anunciaba la muerte del padre.

Comencemos por lo segundo.

Una primera aproximación apresurada podría conducirnos a pensar que la crítica de la religión que el libro contiene podría ser el efecto directo de la historia de Gaspar Hauser, ese muchacho que, como Anselm escribe,

> no traía consigo ninguna noción, ninguna sospecha de dios, ni sombra alguna de creencia en una realidad superior invisible. [...] su vida espiritual recordaba la de una ostra que, fija en una roca, no recibe nada del exterior más que su alimento, no percibe nada más que el latido eternamente repetido de las ola; confinada en su concha, [...] sin la menor sospecha de que pudiera existir una realidad invisible, incorpórea, eterna.

Pero no es en absoluto así. Pues, por una parte, Anselm conservó siempre sus creencias religiosas, como lo atestigua una de las más bellas frases de ese libro que precede de inmediato a la que acaban de leer. Me refiero a esa que dice, del alma de Gaspar, que «se mos-

---

[17] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 143.

[18] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 84.

traba en cualquier ocasión pura y sin mácula, como el reflejo del Eterno en el alma de un ángel».

¿Me permiten un paréntesis?

Supongo que se dan cuenta de cómo esa frase engrana bien con las actitudes, los rostros, y sobre todos con las miradas de Anselm y Gaspar.

Y como no engrana para nada con la actitud, el gesto y la mirada de Ludwig Feuerbach, con su brazos cruzados y mirada severa tan característicos de los adustos sabios objetivistas del XIX.

Pero prosigamos.

Por otra parte, ya en 1830 había publicado Ludwig Feuerbach sus *Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad* en los que, desde unas posiciones que se pretendían radicalmente materialistas, atacaba decididamente la promesa cristiana de inmortalidad, es decir, de la existencia de una vida más allá de la muerte, y formulaba la tesis según la cual el Dios cristiano no sería más que la manifestación alienada —en tanto proyectada en un ser exterior imaginario— de la esencia del hombre.

Había llegado ya el momento —anunciaba proféticamente Feuerbach— de que el hombre renunciara a ese espejismo que lo alienaba para reconocer la verdad que latía en él: que la razón, la voluntad y el amor ilimitado que durante los siglos pasados los hombres había postulado de Dios, eran las propiedades esenciales, no ya de los individuos, sino de la especie humana.

De modo que lo que realmente objeta Feuerbach al cristianismo es la idea de inmortalidad personal. Pues para él la especie se prolonga indefinidamente, hacia el infinito, y hace de la esencia humana algo después de todo inmortal.

Frente a la mayor parte de sus contemporáneos, Feuerbach tiene una clara percepción de que Dios es necesariamente una figura personal y paterna[19] —idea ésta que retomará más tarde Freud.

---

[19] L. Feuerbach, *La esencia del cristianismo,* 1841, Biblioteca Virtual Antorcha, www.antorcha.net: «La religión es dramática por su naturaleza. Dios mismo es un ser dramático, es decir, un ser personal. Quien le quita a la religión la imagen, le quita su cosa real y tiene solamente en sus manos un caput mortuum. La imagen es, en su calidad de imagen, una cosa [...].

La necesidad de un Dios personal tiene su causa en que el hombre personal recién en la personalidad se manifiesta y se encuentra. La substancia, el espíritu puro, la sola razón, no le basta, le es demasiado abstracta, no lo expresa a él mismo, no lo devolverá a sí mismo».

Tiene muy claro que el panteísmo es una forma de racionalismo que, al despersonalizar a Dios y fundirlo con la naturaleza, termina por hacerlo del todo innecesario —proceso que él ve empezar en Spinoza, pero que yo remontaría al mismo Descartes.

Por eso, exige consecuencia a los científicos, reclamándoles que renuncien a la idea de Dios. Pues, si la naturaleza es en sí misma razonable, ¿para qué haría falta Dios?

Acabar con el idealismo, adoptar una materialismo radical, exige, piensa Feuerbach, rechazar toda dimensión de lo humano que no se ancle en su ser corporal, natural, en su pertenencia a su especie biológica. De modo que la esencia del hombre es a la vez su naturaleza[20], vale decir, su ligazón esencial a la naturaleza en su conjunto como una totalidad orgánica de la que él, en tanto especie, es su más acabada expresión.

La presencia determinante en *La esencia del cristianismo* de estos presupuestos naturalistas ya formulados en los *Pensamientos,* muestra en qué medida Ludwig ha permanecido sordo al estremecimiento más hondo que habita el libro del padre.

Nada quiere saber de ese fondo de lo real, carente de todo sentido, de toda estructura y de toda razón que se atisba en él.

O en otros términos: el pensador que proclama mirar a la muerte de frente, acabar con el idealismo y desmontar el mito de la inmortalidad, se aferra él mismo a la idea de la inmortalidad de la especie.

Y, así, el materialismo feuerbachiano, como tantos otros que se venían esbozando desde el siglo XVIII y que se reconvertirán en el positivismo cientifista del XIX, descubre finalmente su hálito panteísta: proyecta en la naturaleza, por la vía de la naturaleza del hombre, los que fueran los rasgos de la divinidad.

Sólo que ya no nos encontramos ante una divinidad personal y paterna, como fuera el Dios patriarcal monoteísta, sino —pero ob-

---

20. L. Feuerbach, *La esencia del cristianismo:* «El momento decisivo y necesario para el cambio de la Historia es, por lo tanto, la confesión clara de que la conciencia de Dios no es otra cosa sino la conciencia de la especie, que el hombre sólo puede elevarse por encima de los límites de su individualidad o personalidad, pero no por encima de las leyes, de las determinaciones esenciales de su especie; que el hombre por lo tanto no puede pensar, imaginar, sentir, creer, querer y venerar a otro ser, como ser absoluto y divino, que el mismo ser humano. Inclusive la naturaleza; porque así como el hombre pertenece a la esencia de la naturaleza —[...] así pertenece también la naturaleza a la esencia del hombre [...]. Sólo mediante la unión del hombre con la naturaleza podemos vencer el egoísmo sobrenatural del cristianismo».

viamente esto es ya algo que Feuerbach ignora— ante una divinidad femenina y materna: la Naturaleza, es decir, una nueva diosa.

Como ven, en todo esto se hace evidente que Ludwig no ha escuchado a su padre. Pues si Gaspar no sabe nada de Dios personal alguno, tampoco sabe nada de la divina naturaleza razonable. Su mundo está roto: el sólo sabe del caos de lo real.

El crimen absoluto

Ahora bien, la lección potencial que late en la historia de Gaspar y, muy exactamente, el crimen que Anselm denuncia ¿acaso no arroja una luz inesperada a la cuestión del ser personal y paterno de Dios?

Pues Gaspar es un hijo. Y el crimen del que ha sido objeto es el crimen de un padre. Gaspar es un hijo peor que maldito, pues es un hijo no dicho, borrado, recusado. Expulsado del mundo de los vivos.

Tal es el crimen absoluto que Anselm tematiza: *Un delito contra el alma del hombre*. Hablemos, pues, de ese crimen que comienza, como les decía, en el intento de asesinato del que es objeto Gaspar al año de su aparición en las calles de Nuremberg.

Anselm tiene claro el motivo:

> La salud de Gaspar había mejorado mucho gracias a los cuidados de la digna familia Daumer [...]. Estudiaba con interés, ampliaba sus conocimientos en todos los campos; progresaba en cálculo y caligrafía, y, hacia el verano de 1829 pudo iniciar, a petición de sus protectores, un *informe escrito de sus recuerdos* [...]. En su orgullo de autor, mostraba esta *supuesta «historia de su vida»* a sus visitantes de la ciudad o forasteros, y pronto, varios *periódicos* contaron que *Gaspar Hauser estaba trabajando en una historia de su vida.* Esta noticia fue, con toda probabilidad, responsable de la catástrofe que tuvo lugar poco tiempo después, en octubre de ese mismo año (1829): el intento de poner trágicamente fin a esa corta vida[21].

Ni que decirlo tiene: Gaspar estaba abocado a escribir una historia imposible. ¿Cómo escribir una historia de la que nada sabía? Pues

---

[21] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 109; el subrayado es nuestro.

eso es Gaspar Hauser precisamente: el ser sin historia y sin origen. O quizás más exactamente: el ser al que le ha sido arrebatada su historia y su origen. Tal es la magnitud del crimen del que ha sido objeto: arrebatándosele el origen, se le ha negado el acceso al relato.

Les decía que ese asesinato del alma de Gaspar es el crimen de un padre. El crimen de un padre real que ha ejercido de amo absoluto de su hijo. Es decir, también: el de un padre real que se ha negado a realizar la tarea del padre simbólico: dar, al hijo, en su singularidad irreductible, un relato que le permitiera ser.

Pues precisamente ese es el fundamento mítico del Dios cristiano como ser necesariamente personal y paterno: instaurar la diferencia singular de todo ser como ser sagrado.

Quizás les parezca esto una banalidad, pero no lo es: la negación de esa diferencia personal, singular, en una esencia humana natural, a pesar de la buena voluntad de gente como Ludwig, estará en el núcleo de todos los grandes crímenes del siglo XX, una vez que los hombres singulares hayan dejado de ser sagrados para quedar convertidos en miembros de una u otra especie, sea la humanidad o una determinada tribu nacional.

El crucificado en la mirada desnuda de Gaspar Hauser

Pero les decía que, a pesar de ello, algo había oído Ludwig Feuerbach.

Y la prueba es la presencia insistente, en *La esencia del cristianismo,* de una idea que contradice irreductiblemente a libro en su conjunto pero de la que su autor es incapaz de prescindir.

> Los cuadros del sacrificado que hoy todavía vemos en todas las iglesias no nos representan a ningún redentor, sino sólo al sacrificado.
>
> [...]
>
> El sufrimiento es el mandato supremo del cristianismo y la historia misma del cristianismo es una historia de los sufrimientos de la humanidad[22].

[22] M. Feuerbach, *Thèses provisoires pour la réforme de la philosophie* (1842), París, PUF, 1973, § 43: «un être sans souffrance est un être sans fondement. Seul mérite d'exister celui qui peut souffrir».

¿Por qué la insistencia de Ludwig Feuerbach en esta idea que tan abiertamente contradice la función balsámica atribuida al cristianismo, según la cual éste se conformaría como una fantasía que realizaría los deseos y los anhelos de los hombres?

Y observen que Ludwig Feuerbach nos habla de un sufrimiento irreductible a cualquier otra categoría, incluido al amor que es para él la categoría central a través de la que se realizaría la razón de la naturaleza.

> Pero la pasión de Cristo no representa solamente el sufrimiento moral y automático, el sufrimiento del amor, de la fuerza de sacrificarse en bien de los demás; sino que representa también el sufrimiento como tal, el sufrimiento en cuanto expresión de la capacidad de sufrir.

Pues bien: pienso que esta idea, en sí misma lacerante, y que desgarra el buen orden del discurso feuerbachiano quebrando su coherencia, hace emerger al sujeto del inconsciente que lo habita. A ese sujeto, hijo de Anselm, que ha escuchado la palabra del padre. Y que por ello ha percibido ese sufrimiento irreductible que tiene por fondo la irracionalidad esencial de lo real —ese dato elemental de experiencia que Gaspar Hauser nos ofrece.

Volvamos, pues, al libro de Anselm:

> Todo lo que tenía forma humana o animal, ya fueran esculturas de piedra o de madera o pintadas, tenía para él los mismos atributos que él mismo o que los demás seres provistos de alma [...]. *Cuando vio por primera vez el gran crucifijo de Veit Stoss en la fachada de la iglesia de San Sebaldo, quedo espantado y consternado; suplicó que bajaran y liberaran a ese hombre torturado,* y aunque se esforzaron por explicarle que no se trataba de un hombre de verdad, sino de una imagen insensible, no consiguieron tranquilizarle[23].

¿Cuál fue la imagen que vio Gaspar? ¿Quizás ésta?

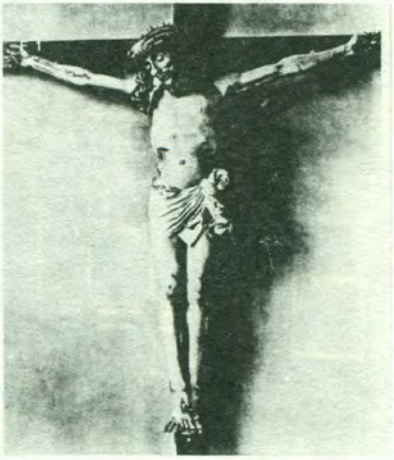
---

[23] A. von Feuerbach, *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre,* pág. 93-94. El subrayado es nuestro.

Iglesia de San Sebaldo, exterior. Nuremberg

Algo realmente notable de en ese gran escultor de gótico tardío alemán que es Veit Stoss es la extrema variedad de sus crucificados.

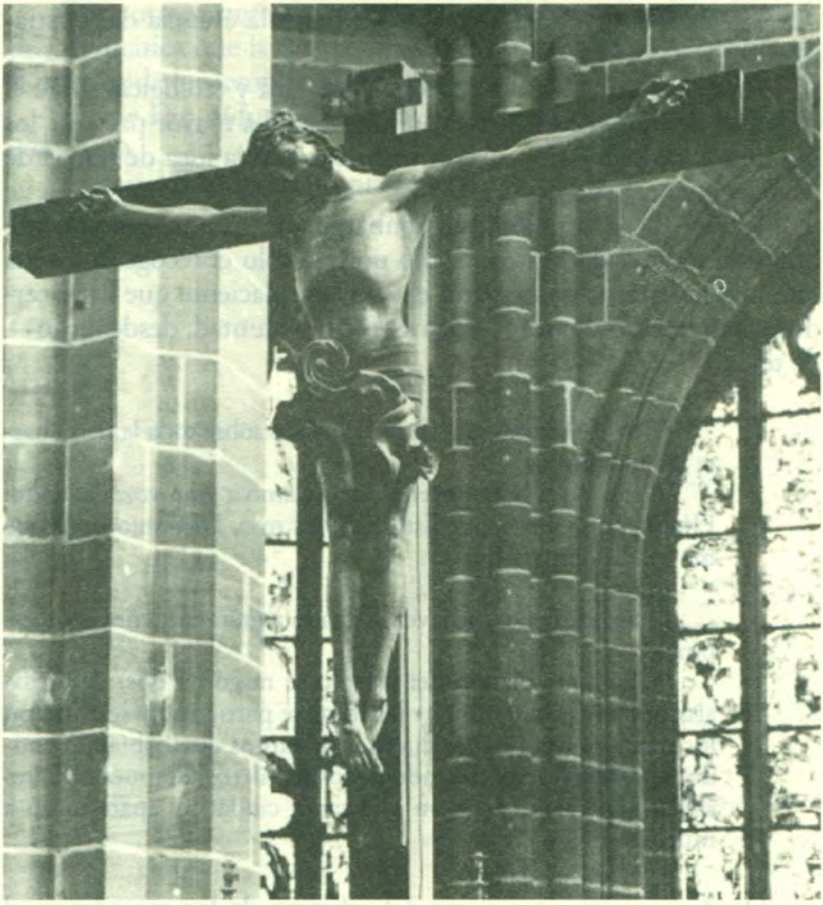
Veit Stoss, Cristo crucificado. Museo Nacional Germainisches, Nüremberg



Heilsbronn, ehem. Klosterirche

Y bien, no hay duda: la mirada desnuda, despojada y angustiada de Gaspar nos devuelve, de un solo golpe, la esencia misma del cristianismo: su punto de ignición absoluto.

Veit Stoss, Cristo crucificado, Iglesia de Santa María, Cracovia



Veit Stoss, Jesucristo crucificado, Iglesia de San Lorenzo

De ahí su destello refulgente, ardiente.

Hablar de la representación de un ser sufriente es decir demasiado poco: se trata, en cualquiera de sus versiones, de la imagen misma de la agonía.

Gaspar Hauser, les repito, con esa sombrosa precisión de quien ve el mundo por primera vez y, por ello, se ve obligado a deletrearlo, nos hace visible eso que los demás nos empeñamos en no ver aun cuando está escrito ahí, de la manera más precisa, que es también la mas literal.

Y, en esa misma medida, nos devuelve la esencia del cristianismo.

Ha habido una larga discusión, filológica y teológica, sobre el orden de aparición de los cuatro evangelios. La mayor parte de los estudiosos de la cuestión se han inclinado por la idea de que el de Marcos sería el primero.

Yo soy de la opinión, sin embargo, de que necesariamente hubo de serlo el de Mateo. Y ello porque sólo él recoge la escena que más abiertamente desgarra el velo complaciente que los sacerdotes han tratado siempre —con su mejor voluntad, desde luego— de tejer:

> Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.
>
> Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
>
> [...]
>
> Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu.
>
> Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.

Desde entonces, y a pesar del esfuerzo de los sacerdotes, el velo del templo quedó desgarrado y el templo mismo abierto —pues saben que ésta fue la gran novedad espacial del cristianismo, que hizo del templo el espacio abierto de reunión de los fieles— y en su centro, en su altar, la imagen misma del sufrimiento, de la conciencia agónica como el dato irreductible de la condición humana.

La agonía del ser. O el ser como agonía. La plenitud de la consciencia, en el umbral mismo de su cesación.

¿No les parece que ha llegado ya la hora de revisar ese tópico moderno según el cual la muerte sería irrepresentable? Por lo que a mí respecta, al menos, he llegado a la conclusión, leyendo Anselm von Feuerbach, de que ese tan prestigiado argumento no es finalmente más que una finta teórica para evitar verla.

O en otros términos; que no existe una consciencia más trágica y dramática que la que la imagen del crucifijado presentifica en el interior de los templos cristianos.

Sí, me han oído bien. No he dicho esta vez crucificado, sino *crucifijado*.

Es decir: fijado a su propia muerte.

La esencia del cristianismo en la mirada de Gaspar Hauser, en Manuel Ballester y Enrique Ujaldón (Eds.): **Sobre la muerte**, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009.

www.gonzalezrequena.com